

41: Fragmento del Pasado: La Oscuridad Más Allá - La Carrera Perfecta

¿Dónde podría esconderse Mechron?

Rompía con fuerza las puertas de explosivos y los muros de acero, y Leonard Hargraves percibía en el ambiente una sensación extraña. La misma estructura del espacio se doblaba y giraba. Algo había generado potentes campos magnéticos en el interior de la base, desgarrando el propio tejido de la realidad.

Como sospechaba, la fortaleza de Mechron también funcionaba como un acelerador de partículas. ¿Habría sido activado por el Genio? ¿Con qué fin? ¿Cómo podría ayudar a repeler al ejército frente a su puerta?

—Pythia, ¿hacia dónde debo dirigirme? —preguntó Leonard, pero solo ‘escuchaba’ interferencias psíquicas. Lo que ocurría en el interior de la fortaleza interfería en el contacto telepático.

Estaba solo.

Finalmente, Leonard llegó al colisionador de la fortaleza, un circuito cerrado de acero en el que las partículas se desplazaban a velocidades asombrosas. Un flujo de energía azul desconocida atravesaba la superestructura, y el Genoma Rojo entraba en ella como un pez que nada por un río. No lograba identificar las partículas dentro del colisionador; tal vez eran desconocidas para la ciencia moderna o no pertenecientes a la realidad de la Tierra.

Para su sorpresa, Leo empezó a ver cosas dentro del flujo. Fantasmas azulados de extrañas figuras inhumanas formadas por datos sin procesar, parpadeando en y fuera de la existencia. Estos espejismos no adoptaban una forma fija, sino que mutaban constantemente.

¿Qué estaba ocurriendo?

El sol viviente podía detectar que la energía ambiental se concentraba en un solo punto en el centro de la instalación; justo donde los dos lazos que conformaban el símbolo del infinito se unían. Siguió el flujo azul hacia su destino final, atravesando finalmente más muros de acero. El flujo se filtraba tras él, dispersándose en finas partículas.

Su recorrido acelerado terminó en el corazón mismo de la fortaleza, en una sala de mando que parecía sacada de las pesadillas de H. R. Giger. El espacio entero parecía una catedral gótica de acero, cuyos muros estaban vivos; venas de metal atravesaban las paredes, bombeando un negro aceite espeso. La estructura parecía capaz de respirar, mientras espinas de hojalata enroscadas formaban los pilares que sustentaban el techo. Pantallas con forma de ojos mostraban imágenes de la batalla exterior, mientras altavoces lanzaban alarmas.

Seis enormes cerebros biomecánicos, del tamaño de elefantes, formaban un círculo alrededor de un diminuto punto azul flotando en medio de un pilar de energía; el punto focal de toda la superestructura. Cada uno de esos cerebros estaba protegido por tanques de vidrio reforzado y conectado por gruesos cables. Leo intuía que se trataba de supercomputadoras biomecánicas, que alojaban las inteligencias artificiales que pilotaban toda la guerra del amo de la base.

Mechron estaba allí, en una plataforma debajo del punto azul. El anciano, con su rostro curtido, vestía solo ropas blancas sencillas y sostenía un bastón negro para caminar. Era la única criatura de carne en ese corazón de hierro aterrador, dando órdenes a sus sirvientes AIs en bosnio.

—Transfiera todos los datos a la base de respaldo —ordenó Mechron con una voz calmada, tan pequeña, tan humana—. Active todas las unidades exteriores restantes y abra la compuerta.

—Transmisión de datos en proceso —respondió una voz robótica a través de los altavoces—. Aviso: coordenadas dimensionales incompletas. Se anticipa un alto grado de inestabilidad—

—¡No nos importa si destruimos Sarajevo! ¡Abre la compuerta! —gritó de repente Mechron, sin mostrar duda alguna.

Mechron se quedó perplejo al notar que Leonard mantenía la palma levantada hacia él.

Ahora que la vista le permitía observar bien el rostro del Genio, el sol viviente comprendió que la batalla también había dejado su huella en él. Ya superando los setenta años, Mechron parecía como si no hubiera descansado en días. Sus ojos estaban negros por el cansancio, sus manos temblaban por el estrés.

Parecía... tan normal. No llevaba ropa especial ni actuaba como un oscuro señor de la noche lleno de carisma. Mechron era un hombre común, salido de un hogar de retiro; uno que había matado a millones, quizás miles de millones.

Y, sin embargo... parecía terriblemente cansado de todo ello. Derribado por una década de guerras interminables.

La mano del sol vivo tamborileaba insegura.

“Haz que cada disparo cuente,” dijo Mechron, lanzando una mirada amarga a Leonard. “No tendrás otra oportunidad.”

En lugar de dispararle, Leonard Hargraves miró al odioso dictador directamente a los ojos. “¿Estás contento, Mechron?” preguntó en bosnio.

La pregunta tomó por sorpresa al Genio.

“¿Eres feliz viviendo así?” preguntó Leonard. Aunque no desató ninguna ráfaga de plasma, mantuvo la mano elevada. Pythia le desgarraría vivo si supiera. “¿Solo en un búnker, rodeado de máquinas, matando personas una tras otra??? ¿Era ese tu deseo? ¿Eres feliz viviendo de esta manera?”

La fortaleza tembló, mientras el Genio meditaba sobre la pregunta. Desvió la mirada, pero luego volvió a centrarse en Leonard.

“No,” admitió Mechron con voz exhausta. “No, no lo estoy.”

“¿Entonces, por qué no te detienes?”

“¿Por qué te importa?” replicó el Genio con tono brusco.

“Porque... porque quiero creer que la vida humana merece ser valorada. Incluso la tuya. Te mataré si es necesario, pero llámame ingenuo... si hay alguna mínima posibilidad de acabar con esto siguiendo las reglas, quiero intentarlo.” Leonard hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. “No sé qué te convirtió en lo que eres, pero debes entender en el fondo que hacer daño a otros no ayuda en nada.”

Lo vio en su rostro, claramente marcado por la culpa y el dolor.

“Por favor, rindeos pacíficamente,” solicitó el sol viviente. “Ordena a tus máquinas que se retiren, y te daremos una audiencia justa. Nadie más tiene que morir; ni siquiera tú. Tú empezaste esto, y tú puedes terminarlo.”

La expresión de Mechron cambió de tristeza a ira de repente.

“Yo no inicié nada,” gruñó el hombre, con la voz llena de veneno. La rabia acumulada durante años estalló en el momento. “Tú sí. Los serbios mataron a mis hijos en Srebrenica y vosotros... vosotros solo mirasteis! Si queréis que esta guerra termine, ¡dejad de entorpecer mi camino!”

Leonard recibió la respuesta en la mirada intensa y de odio del hombre.

Él nunca pararía. No importaba cuántos tuvieran que morir para alimentar el fuego que ardía en su interior; era un infierno que jamás podría extinguirse. Este hombre amargado y lleno de odio nunca cesaría hasta haber puesto al mundo de rodillas.

Un demonio nacido de la guerra.

Leonard, con tristeza, abrió fuego.

Un escudo de energía de color carmesí se activó alrededor del genio rebelde, desviando un chorro de plasma. El metal y los aparatos eléctricos cercanos a Mechron se derritieron, pero el conquistador permaneció ileso en su totalidad. Campos similares protegían los gigantes

cerebros, salvándolos del peligro. Leonard voló hacia el Genio, con la intención de atravesar el campo de fuerza y acabar con la vida de Mechron.

Un estruendo resonó a su izquierda, abriendo un agujero de gusano. La criatura biomecánica que había visto antes emergió de él, con garras alzadas hacia el sol viviente.

Una poderosa fuerza gravitatoria empujó a Leonard contra una pared de acero, haciendo que chocara contra paneles mecánicos. La bestia mantuvo activa la fuerza gravitatoria, intentando partir el núcleo del corazón del Red Genome.

“¡Podría haberse convertido en algo hermoso! ¡Un nuevo Edén!” La expresión de Mechron se retorció de rabia. “¡Podría haber erradicado enfermedades, solucionado el hambre mundial, traído la paz! ¡Incrementado la esperanza de vida, automatizado todo! ¡Todo habría sido perfecto!”

El genio rebelde levantó su bastón apuntando a Leonard, apretando los dientes en una rabia impotente.

“Si no hubiera sido por ti...” Golpeó el suelo con el bastón, temblando de manos. “¡Si no fuera por personas como tú, podría haber salvado al mundo!”

“¡Mira por tu ventana, Mechron!” respondió Leo con rabia, intentando liberarse del campo gravitatorio de la bestia de batalla. “¡No salvaste al mundo, lo mataste! ¡Estás viviendo entre los muertos!”

El Genio resistió visiblemente un sobresalto, apretando los dedos alrededor de su bastón. Para entonces, estaba tan furioso que no podía articular frases coherentes. “Si los políticos tuviesen algo de imaginación, ¡no habría tenido que...! ¡No habría tenido que alimentar esos datos de matanza! ¡Tenía que hacer que dejaran de hacerlo! ¡Nunca escucharon! ¡No podían entender!”

Leonard ignoró a ese lunático y disparó plasma contra el dragón biomecánico. Las escamas y la carne de la criatura se fundieron en pedazos, dejando solo implantes mecánicos y huesos carbonizados. Sin embargo, asombrosamente, siguió moviéndose y no soltó la presión.

Mientras tanto, la esfera azul empezó a expandirse dentro del pilar de energía, convirtiéndose en una especie de lente de energía. Una anomalía espacial que conducía a un lugar de brillante luz azul. Al mirar este desgarrador de realidad, Leonard sintió algo rozar su mente. Por un instante creyó que era Pythia, hasta que se dio cuenta de que la señal telepática provenía de la anomalía espacial.

Imágenes se formaron en la mente del sol viviente, como en un río azul de recuerdos. Imágenes vívidas de su infancia en Hackney, rodeado de criminalidad; de su primer día en el Cuerpo de Bomberos de Londres, ayudando a evacuar a una familia de un edificio en llamas; del hallazgo de la extraña caja en el correo, y de la pócima escarlata en su interior; del día en que él y Alice fundaron el Carnaval...

“¿Qué es esto?” preguntó Leonard, fascinado por el portal y las imágenes que le enviaba. Incluso el dragón quemado dejó de atacar, hipnotizado por el poder que emana más allá de ese agujero azul

en la realidad.

“El Archivo de las Akásicas...” murmuró Mechron, con los ojos abiertos en triunfo. “El compendio universal. Todos los datos, toda la información, todo conocimiento, toda intención y emoción, provienen de este lugar. La fuente de los poderes azules, del conocimiento de todos los Genios... un Mundo Azul de pura inteligencia.”

Mechron levantó su bastón hacia el portal, su furia reemplazada por entusiasmo.

“¡Todo está aquí! ¡Todos los secretos del mundo, todo lo que puede arreglarlo! ¡Está aquí!” Se dio la espalda al Genoma Rojo, riendo para sí mismo. “¡Incluso tú debes reconocer su belleza!”

El flujo mental de imágenes continuó, pero en lugar de mostrar escenas de la propia vida de Leo, se transformó en visiones más extrañas. De mundos alienígenas cubiertos de vastos océanos, gobernados por criaturas similares a peces; de supernovas que iluminaban la oscuridad del espacio.

“Con esto, puedo comenzar de nuevo,” presumió Mechron. “¡Arreglar todo! ¡Una vez que esté allí, sabré todo!”

Leonard observó el azul con una fascinación celestial, hasta que percibió una pequeña mancha de oscuridad.

La señal telepática terminó de inmediato, las imágenes se tornaron negras. Las pantallas en la instalación se volvieron rojas, y los altavoces emitieron otro tono. “Advertencia: anomalía detectada. Advertencia: anomalía detectada. Advertencia: dimensión desconocida en convergencia.”

El agujero azul pareció ser consumido desde su interior por la oscuridad. Manchas negras crecieron lentamente desde el portal azul, contaminándolo por completo. La sala pareció congelarse, y la temperatura descendió a un ritmo alarmante.

Ni siquiera Mechron tenía idea de qué estaba ocurriendo. “No... no es el mundo azul... está en otro lugar... ¡es...”

En cuestión de segundos, la estrella azul se convirtió en un agujero negro, una esfera de oscuridad de la que ninguna luz podía escapar. No era una puerta a una dimensión de pura información, sino un vacío y nada.

“Todo está negro,” murmuró Mechron, mirando hacia la negrura.

Y entonces...

La negrura le devolvió la mirada.

Un pulso de oscuridad emergió del portal, vaporizando al dragón, los cerebros artificiales y la mayor parte de la sala. Mechron apenas tuvo tiempo de gritar mientras su campo de fuerza

desaparecía y el vacío lo devoraba por completo.

Leonard sintió cómo el campo gravitatorio del dragón desaparecía, solo para que su propia vez fuera abrumada por la oscuridad también. Una fuerza alienígena amenazaba con devorarlo, como un agujero negro devora una estrella.

Algo los observaba desde el otro lado.

La mirada sombría pelaba a Mechron capa por capa, como una cebolla. Piel, carne, huesos, y luego bajando aún más. En cuestión de segundos, el Genio había sido borrado de la existencia, sus átomos desgarrados y aniquilados.

Sin su núcleo cardíaco que mantenía su cuerpo unido mediante un potente campo gravitacional, Leonard habría compartido el mismo destino. Incluso ahora, sentía cómo las capas exteriores de su cuerpo solar se desintegraban, sus moléculas siendo aniquiladas en la nada. La mirada persistente de esa entidad terminaría con él en minutos, destruyendo su núcleo cardíaco igual que hizo con Mechron.

Su mente humana simplemente no lograba comprender lo que estaba viendo. Una forma que vagamente le recordaba a Leo a un ojo, rodeado por una nube de oscuridad vacía; un agujero consciente en la realidad, una oscuridad viviente que devoraba la luz en lugar de ser expulsada por ella. Una entidad colosal, tan poderosa, tan omnipotente, que destruía su realidad solo con mirarla.

Y trataba de entrar.

El portal negro se abría lentamente, y el radio de su mirada malintencionada aumentaba. La entidad tras la puerta seguía mirando, sin saberlo, o quizás sin importarle, el daño que causaba. Si el acelerador de partículas seguía ampliando el portal...

“Mechron de alguna forma matará a todos en Sarajevo.”

Al recordar las palabras de Pythia, Leonard lanzó de inmediato un torrente de plasma hacia el portal. Llamas ardientes como una detonación nuclear.

Rápidamente, desaparecieron.

No fueron absorbidas por el agujero ni extinguieron; simplemente desaparecieron sin dejar calor ni humo. La fuerza oscura del otro lado del portal ni siquiera se había percatado del contraataque de Leonard; su sola presencia borró sus llamas.

Comparado con esa entidad, el sol viviente parecía una hormiga intentando atacar a un elefante.

Si no podía destruir el portal directamente, ¿qué podía hacer Leonard? Si no hacía nada, esa cosa le borraría de la existencia en minutos, y luego haría lo mismo con la fortaleza. La destrucción del acelerador probablemente haría que el portal explotara, pero Sarajevo sería destruida en el proceso.

La destrucción del acelerador...

Si Leonard lograba dañar lo suficiente la fortaleza, podría colapsar el portal antes de que creciera más. Pero la explosión necesaria... podría costarle la vida.

Pensó en las centenas de personas afuera, en los héroes que luchaban por marcar una diferencia en ese mundo sombrío y devastado. En amigos como Pythia, con familias en casa; en soldados intentando reconstruir una civilización democrática y amable. Gente buena.

Leonard no dudó.

Reuniendo toda su energía restante, invocando el poder que alimentaba su núcleo cardíaco, hizo que este implosionara sobre sí mismo. Su cuerpo se tornó blanco, y su radiancia incineró la habitación. El agujero negro absorbió la mayor parte del calor, pero no todo.

“Como dicen...” murmuró, mirando desafiante hacia la oscuridad más allá, “¡Mejor morir con un estallido que con un suspiro!”

Su último pensamiento fue hacia sus compañeros afuera; el Sol Viviente se convirtió en supernova.

La luz de Leonard consumió el mundo en una explosión catastrófica, y la oscuridad volvió a su origen.

Oscuridad.

Todo era oscuridad. Una negrura absoluta y silenciosa. No podía ver, ni oír, ni oler, ni saborear. Apenas podía pensar.

Sentía frío.

Sentía entumecimiento.

Y, más que nada, se sentía solo.

¿Era esto... era esto la muerte? ¿La oscuridad más allá de ese portal era el más allá? ¿O quizás todo era una alucinación, la última ocurrencia de su cerebro antes del fin definitivo?

Nunca había creído realmente en ningún dios ni en ninguna vida después de la muerte. Pensaba que simplemente desaparecería, que dejaría de existir. En comparación con una eternidad en la oscuridad, sería una misericordia.

Siempre había vivido a través de los demás, en la medida en que podía recordar. Podría parecerse al sol, pero nunca sentía calor cuando estaba solo. Por ello, llenaba el vacío con sus semejantes, cuya felicidad se convertía en la suya propia. La soledad le había parecido siempre más terrorífica que la muerte.

Ahora, estaba solo con sus pensamientos. Solo con sus arrepentimientos.

Nunca tendría esposa, ni hijos. No había escrito ese libro de fantasía urbana que siempre había prometido. Nunca volvería a Londres para ver a las personas que había dejado atrás. No lograría reconciliarse con ciertos amigos con quienes se alejaron en malos términos; nunca vengaría a los Costas ni haría justicia con Augustus. Nunca sabría si su sacrificio había marcado alguna diferencia.

Muchas cosas quedaron sin concluir.

Pero...

Él estaba en paz con ello.

Había intentado.

Había dado lo mejor de sí.

Vio una luz en la oscuridad. Sintió como si condujera un coche hacia el final de un largo túnel, aunque no podía ver qué había más allá de la salida. ¿Era el Cielo? ¿Era la última puerta? ¿Tenían razón los cristianos, o los musulmanes? ¿Los hindúes o los budistas? ¿Todos, o ninguno?

No lo sabía, pero lo que le aguardara más allá... podía aceptarlo sin problema.

Entró en la luz.

Leonard abrió los ojos.

En lugar de enfrentarse a ángeles, solo podía ver un techo blanco.

Había vuelto a su frágil forma humana, aunque con algunos cambios. Su piel negra ahora estaba sin vello, y todos sus músculos se sentían adoloridos. Sus oscuros ojos luchaban por ajustarse a la luz, aunque notó a dos personas mirándolo atentamente.

— Tranquilo, Leo —sonrió la astuta teletransportadora Ace, observando a su amigo—. Has vuelto del mismísimo infierno.

— Es un placer verte despierto, señor —dijo Stitch. Este extraño genoma siempre vestía un atuendo de médico de peste, hasta el punto de que Leonard nunca había visto cómo era realmente por debajo—. Nos tenías preocupados.

— ¿Dónde...? —los ojos del sol viviente se acostumbraron lo suficiente para poder ver. Parecía estar en algún tipo de hospital, recostado en una cama y conectado a máquinas.

Claramente, la muerte aún no había reclamado su vida.

— En Visoko —respondió Stitch—. A unos pocos kilómetros de Sarajevo. Fuimos evacuados aquí tras la batalla.

— ¡Hemos ganado! —exclamó Ace con alegría—. ¡Hemos ganado, Leo! ¡Maldita sea, hemos ganado!

— ¿Cuánto tiempo estuve...? —Leonard luchaba por formar palabras. Su garganta estaba seca y dolorida—. ¿Cuánto tiempo pasé inconsciente?

— Tres días —contestó Stitch—.

— Y la fortaleza de Mechron... —empezó Leonard.

— Todo eso es historia —dijo Ace, con una sonrisa—. Se convirtió en un cráter de acero fundido y vidrio. Tú hiciste estallar ese lugar con fuerza.

— Para ser sincero, creíamos que habías perecido en la explosión —dijo Stitch con tono seco—.

— Yo también —respondió Leo en el mismo tono—.

Ace golpeó suavemente el hombro del médico de peste por su insensibilidad, luego volvió la vista a Leo. — Encontramos tu núcleo en los restos del desastre, reducido a una esfera blanca del tamaño de una mano. Fueron días en los que tu poder reconstruyó tu cuerpo, incluso con la ayuda de Sidekick.

— Sarajevo ha sido tomada, aunque la ciudad yace en ruinas —explicó Stitch—. La Dama Resplandeciente y su grupo están ocupados destruyendo los últimos robots supervivientes, pero las fábricas de producción han sido desmanteladas. La Guerra de los Genomas ha terminado.

Era el final.

Las palabras aliviaron una pesada carga sobre los hombros de Leonard. Originalmente, había cofundado el Carnaval junto a Pythia para combatir a los peligrosos Genomas y ayudar a la humanidad a sobreponerse de las guerras. Mechron había sido la mayor amenaza para toda la humanidad, y ahora... ahora había desaparecido. Habían sido casi diez años, pero tal vez la humanidad finalmente resurgiría de las cenizas del viejo mundo.

Y, por un milagro, Leo había sobrevivido a todo ello.

Quizá... quizás debería reconsiderar algunas de sus creencias. Tras haber visto aquella criatura más allá del portal y su escapada de la muerte, se preguntaba si las religiones tenían algo de razón.

Stitch aclaró su garganta. “Sin embargo...”

“¿Sin embargo?” replicó Leo.

“El Bahamut ahora está en órbita, muy lejos en el espacio, más allá de nuestro alcance,” dijo el médico de peste. “El Cossack intentó derribarlo, incluso rompiéndose la mitad de los huesos por la fuerza de las fuerzas gravitatorias, pero no fue suficiente.”

“¿A quién le importa?” preguntó Ace, mucho más optimista. “No queda nadie que pueda activarlo.”

“Algunas de las bases de Mechron todavía permanecen,” respondió Stitch con pesimismo. “Y aunque nuestro enemigo y sus aliados están muertos, no hay garantía de que alguien más no pueda encontrar la forma de hackear el satélite. Creo que viviremos para lamentar ese fracaso.”

“El mal que los hombres hacen vive después de ellos,” citó Leonard, mirando al techo blanco y sin vida. ¿El Bahamut los observaba desde arriba, mucho más allá de sus cabezas? “El bien, muchas veces, queda sepultado con sus huesos.”

“¿Eso es de Shakespeare, señor?”.

“No lo sé,” admitió Leo. “Solo memoricé las frases más famosas. Pensé que así sonaría más inteligente.”

“No funciona,” rió Ace, aunque su sonrisa no alcanzaba sus ojos. Algo le pesaba en la mente. “Por cierto, tiene razón, ¿verdad? Quiero decir, ¿no hubo una huida de último minuto, o un clon escondido en algún lugar? ¿El Mechron realmente está muerto?”

El recuerdo de la desintegración del Genio apareció de repente en la mente de Leonard, y le causó una profunda inquietud. “Sí,” afirmó con gravedad, aunque sus aliados soltaron un suspiro de alivio. “Está muerto de verdad, y no creo que vuelva de eso.”

Aún así, la memoria le recorría la espalda, haciendo que le temblaran los huesos. No hubo malicia ni benevolencia en las acciones de esa entidad; solo curiosidad. Aquella criatura de aspecto divino simplemente notó la brecha y miró a través, como un niño que contempla a través de un agujero en la cerradura. Leo podría haber intercambiado lugares con Mechron con igual facilidad, si no hubiera tenido tanta suerte.

No, no debía pensar así. Le habían dado una nueva oportunidad de vivir, y debía aprovecharla mirando hacia adelante, en lugar de mirar atrás.

Pero si criaturas tan poderosas estaban allá afuera, esperando...

“¿Cuántas víctimas tuvimos?” preguntó Leonard, intentando ahuyentar la angustia existencial con noticias realistas.

“Una de cada cuatro,” respondió Stitch. “Fue un buen día.”

“Murió Jesse,” contestó Ace con el ceño fruncido, mucho menos optimista. “Su hermano está devastado. Creo que se retirará.”

La noticia entristeció a Leonard Hargraves. Por enfrentarse constantemente a los Genomas más peligrosos, el Carnaval había experimentado muchas rotaciones, perdiendo gente en casi cada combate. Leonard había sepultado a demasiados buenos amigos. “¿Señor Wave? ¿Pythia?”

“El señor Wave... bueno, ya lo conoces. Está presumiendo de su conteo de Muertes por Robot Asesino a quien sea que quiera escuchar.” La expresión de Ace se endureció. “Pero Pythia, en cambio...”

Miró hacia otra cama del hospital, y Leo la siguió con la mirada. Sus ojos se abrieron de par en par al ver lo que encontró.

Alice yacía en una cama cercana a la suya, profundamente sedada y conectada a catéteres intravenosos. Su piel había palidecido como la de la muerte, y su mirada era vacía.

Sin vida.

“¡Alice!” Leonard intentó levantarse de su cama, pero le faltaba fuerzas para erguirse. Ace colocó una mano en su pecho, frunciendo el ceño, para obligarlo a regresar a su lecho. “¡Maldita sea!”

“Cálmate,” dijo Ace con expresión seria. “Aún estás enfermo y no puedes hacer nada por ella.”

“Ella lleva así desde que terminó la batalla, señor,” explicó Stitch con fría precisión clínica. “Sus síntomas parecen indicar un daño cerebral severo.”

“Sobrecargó sus poderes,” comprendió Leo con tristeza. Le había advertido, pero ella había estado dispuesta a arriesgarlo todo.

Quizá ella siempre supo que todo terminaría de esta manera.

El médico de la peste asintió con gravedad. “Nidhogg podría curarla si se le da tiempo. Él dijo que, considerando su papel crucial en la victoria de hoy, era natural que ayudara a su recuperación.”

Leonard tembló de frío. “Teniendo en cuenta los métodos del hombre, debemos advertir a su esposo y a su hijo. La decisión es de ellos, no nuestra.”

“Ya los llamé,” asintió Ace con tristeza. “Pobre Mathias.”

“La señorita Martel dejó algo para usted, señor,” Stitch le entregó una memoria USB. “Disculpe la indiscreción, pero ya le echamos un vistazo.”

“¿Qué contiene?” preguntó Leonard, frunciendo el ceño.

“Un análisis precognitivo de los próximos años,” explicó Stitch, “una calculadora y una base de datos que compiló acerca de las mayores amenazas para la civilización humana antes de la batalla. Creí que Pythia había anticipado su destino y quería ayudarnos más allá de ese punto.”

“Supongo que Augusto está en la lista,” dijo Leonard con tono venenoso. Le habían dado una segunda oportunidad para hacer justicia, y no la desperdiciaría.

“Sí,” asintió Ace con expresión seria. “Pero alguien más ocupa el primer puesto.”

Esto sorprendió a Leonard. ¿Quién podría ser más peligroso que un comandante invencible y megalomaniaco? “¿Quién?”

“Un Psycho llamado Bloodstream,” explicó Stitch. “Según los datos, hay una alta probabilidad de que cause un evento de extinción en 2017 si no lo matan antes.”

“Creo que tiene que ver con la muerte de su hija, creo,” añadió Ace con fruncimiento. “Tendrás que esperar a Augusto, Leo. Ese Psycho tiene un límite de tiempo.”

Leonard miró la memoria USB, preguntándose qué profecías sombrías contenía.

“Bloodstream...”

Revision #1

Created 3 April 2026 22:54:08 by Robert White Mar

Updated 3 April 2026 22:54:11 by Robert White Mar